

## 16. Castidad y estabilidad

A menudo, quienes están en crisis con su marido o esposa piensan que otra persona sería el cónyuge ideal. Pero incluso la otra persona tendrá la limitación que tiene su cónyuge: la de no ser Jesucristo, el Esposo para el que está hecho nuestro corazón. De nada sirve cambiar de marido, como la samaritana que cambió cinco sin quedar satisfecha ni siquiera con el sexto hombre. Sólo al encontrar a Jesús en el pozo de Jacob, la samaritana encontró el agua viva capaz de saciar la sed infinita de amor de su corazón o, si se prefiere, la sed de amor infinito (cf. Jn 4).

Los que cambian constantemente de comunidad también cometen el mismo error. El error de creer que necesitamos algo más que a Cristo, de creer que nuestra vida puede encontrar su plenitud sin su venida, su presencia, su amor, la vida que nos da. En cambio, quienes tienen esta conciencia comprenden que desear a Cristo llena de Él incluso al marido insensible o a la esposa aburrída, o a la comunidad llena de faltas, de mezquindades, o al propio superior lleno de limitaciones.

Entendemos que para vivir una verdadera castidad, toda ella tendente a Cristo, tanto en el matrimonio como en la vida consagrada, necesitamos ante todo la fe, la fe en la presencia objetiva y real del Señor en el lugar de nuestra vocación. Hace falta fe para creer que Jesús, si nos ha llamado a seguir un camino, a vivir en una determinada comunidad, a unirnos sacramentalmente con una determinada mujer u hombre para formar una familia, significa que es ahí donde nos pide y nos da a ser nuestro Esposo, el que llena nuestro corazón.

Para cada uno de nosotros, la venida escatológica del Señor Jesús comienza en el amanecer de nuestra comunidad, de nuestra familia, de la vocación y de la misión que se nos ha confiado. Si Jesús nos ha pedido que le sigamos así, con estas personas, significa que es ahí, y sólo ahí, donde Él quiere venir continuamente a dar plenitud a nuestra vida, en contra de todas las apariencias o incluso de todas las pruebas en contra que nos hacen sufrir.

Por esta razón, no debemos pensar demasiado en la castidad en nosotros mismos, mirando a nuestro corazón y cuerpo, a nuestros sentimientos y emociones. San Benito nos pide que pensemos en la castidad mirando a los hermanos o hermanas de nuestra comunidad, mirando a nuestro abad. En el capítulo 72 de la Regla brilla esta conciencia: “Hay también un celo bueno que aparta de los vicios y conduce a Dios y a la vida eterna. Este es el celo que los monjes deben practicar con el amor más ardiente; es decir: Se anticiparán unos a otros en las señales de honor; se tolerarán con suma paciencia sus debilidades tanto físicas como morales; se emularán en obedecerse unos a otros; nadie buscará lo que juzgue útil para sí, sino, más bien, para los otros; se entregarán castamente al amor fraterno; temerán a Dios con amor; amarán a su abad con amor sincero y sumiso” (RB 72,2-10).

Hay una castidad que sólo se hace real dentro de la estabilidad en una comunidad, dentro de la pertenencia a una familia concreta de hermanos, con un padre, o madre, que es el superior establecido. La comunidad para San Benito es un lugar de relaciones vivificadas por la caridad, por el amor de Dios que Cristo nos comunica en el don del Espíritu Santo. La comunidad a la que estamos llamados a fijar nuestra

pertenencia con el voto de estabilidad es el cuerpo de Cristo del que somos miembros. Por ello, la comunidad tiene una estructura sólida y bien definida como el esqueleto de nuestro cuerpo. Pero el esqueleto no es suficiente para formar un cuerpo vivo. Hace falta carne, hace falta nervios y todos los órganos, y hace falta un alma que lo relacione todo: el alma de la caridad fraterna y filial de Jesucristo. La caridad no vive fuera del cuerpo, no es un espíritu abstracto. La caridad es la vida del cuerpo eclesial de Cristo. Por eso, la caridad no desprecia todas las fragilidades del cuerpo de carne en el que estamos colocados por nuestra vocación de vivir en Cristo. Al contrario: la caridad es un fuego que toda fragilidad y dificultad hace más ardiente.

La estabilidad en una comunidad no es una opción de comodidad, como encerrarse en una habitación de hotel para evitar todos los problemas que los demás puedan traernos. La estabilidad no rehúye el camino que sigue Jesús, y Jesús, lo sabemos, no quiere llevarnos a vivir en la comodidad: “Mientras iban por el camino, un hombre le dijo: «Te seguiré adondequiera que vayas». Jesús le respondió: «Las zorras tienen madrigueras, y los pájaros del cielo nidos, pero el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza».” (Lc 9,57-58)

Pero el viaje que continúa incluso para los llamados a la estabilidad de la clausura monástica no es un movimiento físico, geográfico: es la solicitud de la caridad. Jesús no tiene dónde reclinar la cabeza, es decir, no tiene descanso, no tanto porque se afane y corra, sino porque su corazón no pierde la oportunidad de amar. Por eso, cada persona que encuentra provoca en Él una moción de caridad. Incluso cuando San Benito pide que los monjes: “se tolerarán con suma paciencia sus debilidades tanto físicas como morales” (RB 72,5), no nos está invitando a la pasividad, sino a dar un paso adelante en la caridad que “todo lo soporta” (1Cor 13,7), en la caridad que va dos millas con quien te pide una (cf. Mt 5,41).

Aguantar con paciencia nos parece a menudo una posición que nos oprime, que apaga la vida en nosotros. En cambio, es precisamente así como se enciende el buen celo con el “amor más ardiente” (72,3). Es como soplar las brasas para que la llama se reavive. Y esto es así por todo lo que supone la estabilidad en la comunidad: estar sometido a los superiores, asumir los servicios requeridos, estar siempre rodeado de las mismas personas, empezar cada día a seguir un horario que nunca cambia, etc. Todo parece monótono, todo parece apagar la vitalidad de nuestro carácter, nuestros talentos, nuestras ambiciones y nuestras pasiones. En cambio, esa misma “parada” en la estabilidad comunitaria permite que la llama de la caridad sea cada vez más ardiente, viva, capaz de calentar e iluminar el mundo.

Los monjes “se entregarán castamente al amor fraterno – *caritatem fraternitatis caste inpendant*” (72,8). San Benito está convencido de que la castidad hace crecer el amor, no manteniéndose alejado de las personas, sino dejándose suscitar y moldear por las relaciones fraternas, por todo lo que los hermanos o hermanas de mi comunidad me piden, incluso y especialmente cuando me piden paciencia, misericordia, perdón. Una relación agotadora no extingue el amor. Al contrario: lo hace aún más ardiente, más gratuito, más divino, porque es más pedido a Dios y aceptado por Él, por el Padre misericordioso, por el Hijo crucificado, por el Espíritu Consolador.